



El otro día examinaba la excelente antología de nuestro premiado Ernesto Cardenal. Como cada año, el departamento de literatura española de la Universidad de Salamanca, esta vez por mano de la profesora María Ángeles Pérez López, ha preparado una introducción erudita e instructiva a la poesía de don Ernesto. Me decía yo que no deja de parecer paradójico que se escriba acerca de la literatura cuando, más que a cualquier otro creador, un escritor habría de ser conocido por sus propias palabras. He de confesar que la lectura de la introducción resulta una gran ayuda para acercarse a la lectura de los poemas.

Nada como la obra retrata a su autor, ningún poeta se comprende más allá de su poesía, esa es su esencia, lo que a los demás trasciende reflejando su alma, su corazón y sus pasiones. Pero hoy, buscando en su obra, pensando en la desnudez del poeta que desvelan sus palabras, me he atrevido a intentar trazar para ustedes un boceto del retrato de nuestro premiado usando sus propias palabras y las de otros poetas. Me pregunto si ustedes lo reconocerán en ese boceto, más aún, si el propio poeta se reconocerá. Quizá luego me lo diga.

La primera parte de su retrato la compondrían los conocidos versos de Martí, porque nos encontramos con un hombre sincero que tiene un alma rebosando que

quiere salir en su poesía. Hombre sincero, desde luego, que con toda humildad se confiesa desarmado cuando escribe:

Yo participé en la rebelión de abril:
pero palidezco cuando paso por tu casa
y tu sola mirada me hace temblar.

Todo en su poesía es verosímil, a veces uno siente cuando la lee que se encuentra allí, que uno podría haber visto o vivido eso mismo... aunque sin su capacidad para contarlo, como en estos versos:

Allá están él y sus hombres junto a la fogata roja
con sus rifles al hombro y envueltos en sus colchas,
fumando o cantando canciones del tristes del Norte,
los hombres sin moverse y moviéndose sus sombras.

En ellos, el poeta nos hace ver a esos hombres, sentir su frío, quietos para no abrir huecos a la entrada del viento y sus sombras moviéndose al ritmo de las llamas. Habla el poeta por nosotros, nos presta su voz, nos reconocemos y no podemos sino dar la razón a Augusto Monterroso cuando dijo de él: “...no puede escribir un solo verso o una sola línea que no estén llenos de vida, sin metáforas, sin adornos, llenos simplemente de vida.”

También me parece que sin duda retrata al poeta premiado el lema unamuniano “Primero la verdad que la paz.” Podría decirse de él mismo lo que él escribió de Sandino: “no tenía cara de soldado, sino de poeta convertido en soldado por necesidad”. Creo que Ernesto Cardenal ha tenido que sacrificar muchas veces su paz por su insobornable defensa de la verdad. Supongo que haber vivido casi todo el siglo XX en América Latina puede convencer a cualquiera de que tenía razón Nietzsche cuando hablaba de que “verdades feas, no cristianas, no morales porque existen verdades tales” no sólo existen sino que Ernesto Cardenal, cuando ha sido necesario, las ha dicho como en esos terribles versos dedicados a su amigo Adolfo Báez Bone:

Y él escogió su destino.

La gloria no es lo que enseñan los textos de historia:
es una zopilotería en un campo y un gran hedor.

Finalmente, don Ernesto, lo veo a usted en cada línea de ese poema de Celaya llamado “La poesía es un arma cargada de futuro”, que parece todo un manifiesto de su obra y de sus anhelos, sobre todo cuando dice:

Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos.

Y es que además ya dijo usted que poetas y sabios y santos son ciudadanos del futuro, y también nos ha dejado usted escrito que el sentido de su poesía es proclamar que el universo tiene sentido. Y si, como dijera Wittgenstein, “Si algo da sentido al mundo ha de ser algo que no esté en él”, tengo para mí que busca usted ese sentido en el futuro, en el deseo de mejorar y de crecer y de renacer y, por qué no, de resucitar. Y creo que ha tratado usted de enseñarnos que ese destino y ese futuro no pueden ser otra cosa que la vuelta a nuestro origen y que la salvación individual no existe y que el futuro no puede sino ser de todos y para todo. Y después de tratar de hallarlo a usted en las palabras de otros, me rindo ante las suyas, porque al fin y al cabo al poeta solo se le conoce por su propia voz y mis últimas palabras serán las que usted escogió para cerrar su antología:

La evolución nos une a todos
vivos y muertos
Lo que Darwin descubrió
(el que venimos de una sola célula)
es que estamos entrelazados
si uno resucita
resucitan todos